



19 de abril de 1874

La humildad Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

En este momento estamos leyendo el capítulo de la humildad y de la humildad en los empleos. Una excelente manera de practicarla es actuar con el único motivo de agradar a Dios, de tener a Dios como único objetivo, buscar solo la mirada de Dios y evitar el amor propio, la búsqueda de uno mismo que, por desgracia, toda criatura lo llevamos como consecuencia del pecado original, y que es la característica más señalada de los tiempos en los que vivimos.

En todas las clases de la sociedad, hombres y mujeres, cada uno tiene su propia personalidad¹ y quiere hacerla valer. Y, si volvéis a vuestra vida y examináis qué imperfecciones podéis encontrar en vosotras mismas, lo que se observa, cualquiera que sea vuestro trabajo como hermanas de coro o de hermanas coadjutoras, veréis que siempre es la personalidad la que ha querido presentarse o manifestarse. Cuando a uno le repugna un trabajo, es porque la personalidad no encontró su lugar y su satisfacción. ¡Por desgracia! Es ella que nos proporciona las satisfacciones y los descontentos.

Para hacer bien un trabajo, para santificarse en él, para merecer que Dios nos diga un día: *Muy bien, empleado fiel y cumplidor, has sido fiel en lo poco*, porque has sabido aprovechar los dos, tres, cinco talentos que te confié, *pasa al banquete de tu Señor*². Es necesario que todos los trabajos se hagan por Dios, bajo su mirada, con la única intención de agradarle, de darle gloria, por su servicio, practicando la virtud, buscando el amor de Dios y el bien del prójimo, sin buscar nada de lo que lo nos parece más legítimo, como nuestra propia satisfacción, nuestro consuelo, que siempre es una mala señal en cuanto a la perfección.

El Padre d'Alzon tenía un director que también tenía yo, y cuando el Padre Combalot me envió a hacer un retiro con los dominicos, el Padre Vernières siempre decía: "El *yo* y el *mí* son el silbido de la serpiente; cuando el *yo* y el *mí* están en diálogo, la imperfección está ahí, todos los razonamientos giran en torno al *mí*. Empezad por quitar el " *yo* " y el " *mí* ", y conseguiréis ponerlos en orden con relación a Dios y al prójimo.

Hoy, incluso más que en cualquier otra época, el " *yo* " y el " *mí* " aparecen en todo: en las conversaciones, en escritos, en discursos, en las palabras, en los libros.

¹"Personalidad": palabra utilizada en sentido peyorativo en el siglo XIX. Se utiliza varias veces en este capítulo.

²Mt 25:23.

Para nosotros, que somos lo contrario del mundo, y que debemos ser una reparación ofrecida a Dios por el mundo, eliminemos en lo posible el "yo" y el "mí, ¡que desaparezca toda la personalidad! Esto es una gran cosa, pero no es fácil.

He conocido hombres que han servido a Dios durante mucho tiempo. Llevaban una vida santa y, no obstante, se podía apreciar su personalidad: era grande, visible, y salía por cada poro, si es posible expresarnos así, como esas malas hierbas que brotan en primavera sin que se note. Si estos personajes, revestidos de altas dignidades, hubieran advertido que su personalidad se notaba tanto, habrían tratado de ocultarla. Tengo una opinión bastante alta de su virtud como para creer que habrían utilizado todos sus esfuerzos para eliminarla. Pero no lo vieron: Estamos ciegos en este aspecto. Por eso debemos pedir a Dios que nos ilumine a través de la humildad; entonces la ausencia de nosotros mismos nos envolverá como un manto, y ya no advertiremos la personalidad en nosotros.